ISIDRO RODRIGUEZ MARTIN

Alma Trágica

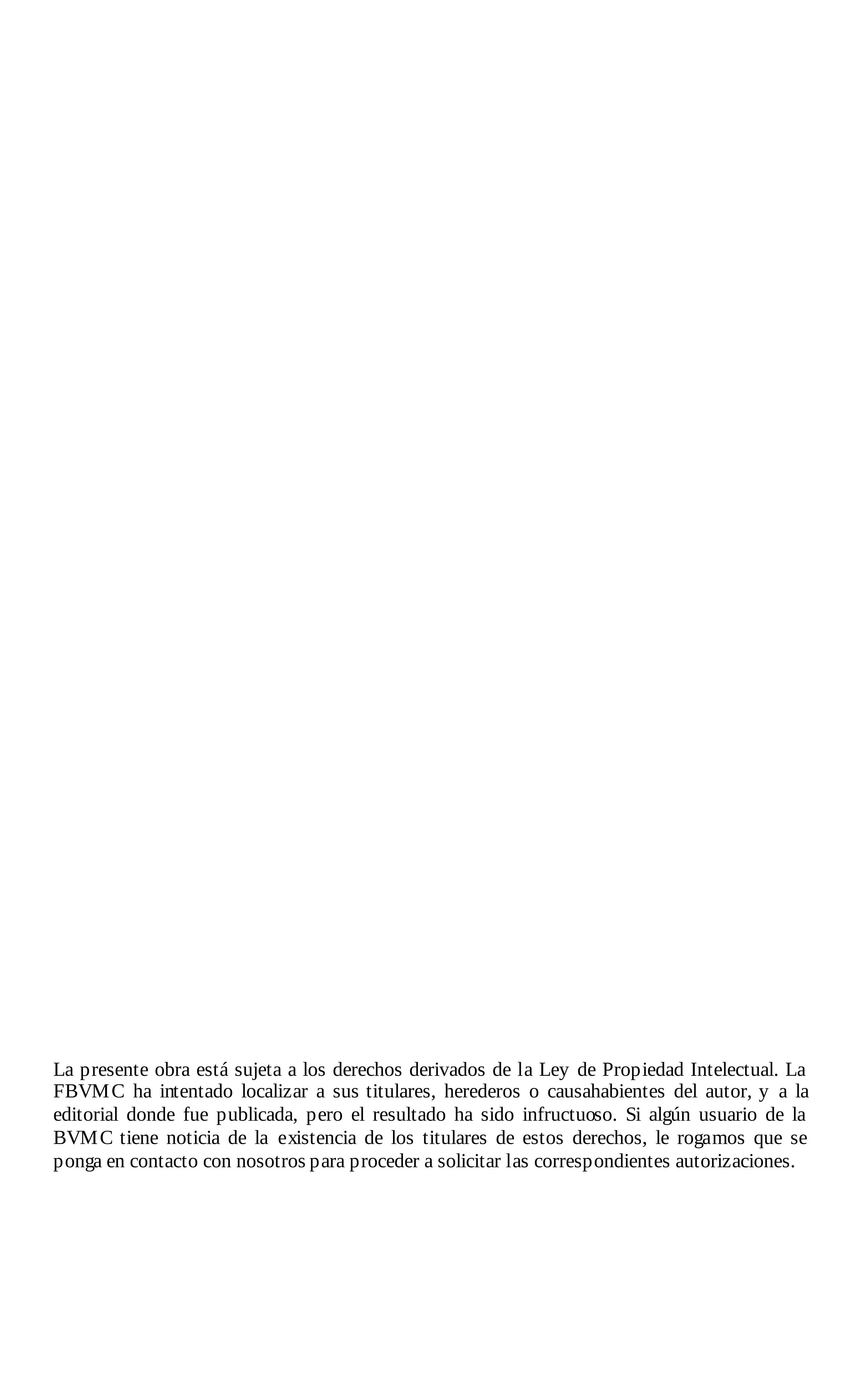
(2ª. EDICION)

Prólogo del Dr. P. E. Callorda

Contiene juicios de

Julio Herrera y Reissig, Alberto Nin Frías, Juan José Soiza Reilly, Ambrosio L. Ramaso, Raul Montero Bustamante, Guzmán Papini y Zás etc. etc.

TALLERES GRÁFICOS "OPTIMUS" -
DE A. CANTIELLO. VENEZUELA, 673



Alma Trágica

Proximamente { **ANOTACIONES Y RESUMENES**

ISIDRO RODRIGUEZ MARTIN

Alma Trágica

(2ª. EDICION)

Prólogo del Dr. P. E. Callorda

Contiene juicios de

Julio Herrera y Reissig, Alberto Nin Frías, Juan José Soiza Reilly, Ambrosio L. Ramaso, Raul Montero Bustamante, Guzmán Papini y Zás etc. etc.

TALLERES GRÁFICOS "OPTIMUS"
A. CANTIELLO. VENEZUELA 678 BS. AIRES

PROLOGO

Un hondo y sincero afecto de amistad que me une con el autor de estas páginas, y, por otra parte, un lazo de vinculación al «terruño» que nos liga, lo han determinado á elegirme como padrino literario de su primera obra.

Muy en mucho estimo su expontánea cuanto predilecta recordación hacia mi persona, aún cuando pienso y creo que manos más expertas que las mías debieran haber sustentado el primogénito del joven Isidro Rodriguez Martin, colocándolo de esta manera bajo la advocación de un nombre de indiscutible valimento intelec-

tual ya iluminado por los resplandores de la pública fama.

Sin embargo conceptúo, un laudable esfuerzo y un rasgo de saliente temeridad por parte de todo autor, el hecho de presentarse solo, confiado en los propios méritos de su obra ante la ávida mirada del lector escrupuloso y de la crítica seria, como tambien desdeño el que se ampara bajo el amplio pabellón de un prólogo de buena firma para vedar que su factura literaria sea echa presa por la piratería de los pseudos críticos, vale decir censores, que siempre merodean en los mares de la literatura de todos los países.

El autor de este opúsculo es un adolescente, y la singular característica de su joven personalidad, descartada una inteligencia clara y penetrante que posée, es su especial predisposición para la lucha, vinculada á una rara contextura moral vigoroza y vibrante.

Se ha forjado en el yunque del humano dolor. Su vida, breve como una aurora, alternada de luces y penumbras, de sonrisas y lágrimas, es una historieta empapada en sufrimientos. Cuenta veinte

años, y ya ha apartado con sus débiles brazos la piedra que obstaculizaba su tránsito por la cuesta del mundo; en esta brevedad de tiempo vivido, ha bregado en mil refriegas dolorosas contra la suerte desdeñosa y adversa consiguiendo domeñarla; tan solo una de las mañanas de la juventud le ha sido suficiente á su espíritu para adaptarse á todas las ideas y preocupaciones del hombre que lucha solo contra las inclemencias de la vida.

Yo lo he visto, años ha, taciturno y mohino, vagabundear con el alma del «Andresillo» de la leyenda de Roxlo, por las calles silentes y las plazas desiertas de mi ciudad natal, absorto y como bebiendo con sensitiva mirada la poesía de los cielos plomizos en las tardes de invierno: y ante el tono uniforme de la intensa perspectiva precaria en fulgencias, lo he contemplado poeta, interpretando con acierto la movible armonía del paisaje y la canción secreta de la hora del crepúsculo.

Es que su temperamento posée la esquisita sensibilidad del galvanómetro: todo lo hiere, todo lo afecta, todo lo enternece; es un alma delicada que

ante las más leves manifestaciones de la belleza, tiembla como pétalo de lirio ante la mansa ondulación de un rayo de luna.

No es, pues, extraño verle derramar lágrimas cuando recita alguna poesía viril ó intensamente melancólica, cuando escucha algun trozo de música ó contempla la tela en que el artista haya hecho palpitar un pedazo de vida: el es así, un sensitivo que se enternece, tanto admirando la belleza donde quiera que ella surja como ante los propios ó agenos sufrimientos.

Debido á esta peculiar idiosincracia de su espíritu es que se sintió arrastrado á cultivar las letras. Curioso y digno de recordarse es el proceso de la vida de este presunto literato, anterior á su determinación artística. Hasta la floreciente edad de diez y siete años, lo pasó en la ciudad de San José de Mayo, en donde recibiera las nociones rudimentarias del estudio que suministran las escuelas públicas. Bien pronto, la desbordante inquietud de su espíritu lo condujo hasta las redacciones de la prensa periódica de su pueblo: sentía extraña voracidad por el papel impreso y marcadas velei-

dades por el periodismo. Y era de verse, por aquel entonces, á nuestro prologado en las redacciones devorando diarios y revistas, en ocaciones perdido en aquellas sábanas de impresos, hurgoneando firmas de literatos extrangeros, recortando poesías, seleccionando discursos, leyendo con tono declamatorio campanudos editoriales: tarea cuotidiana que la terminaba luego, con acopio de innúmeros recortes destinados á pronunciar el volúmen ya desgarbado de su faltriquera de bohemio, hambriento de luz, de saber y de gloria.

Breve tiempo bastóle á su imaginación cálida y vivaz para incorporárse de lleno á todas las manifestaciones de nuestra producción literaria. A los pocos meses conocía al dedillo á todos nuestros escritores y recitaba trozos de sus lucubraciones. Los literatos extrangeros constituían su predilección favorita: todos los «croniqueurs» le eran familiares. Un buen día, hastiado de los horizontes del terruño, según su propia frase, echóse rumbos hacia Montevideo, sin mas recursos que «el oro de un sol de Mayo en el portamonedas del vacio». La capital era su sueño dorado. Una vez alli, decíase, —Dios

proveerá; «como provée de sustento al ave que no siembra, y viste con pompa al lirio que no hila su blanca vestidura» según lo consigna la parábola bíblica. Su «bohemia» en esta capital fué decorosa y austera: la poesía que encierran sus primeras jornadas son dignas y elocuentes pájinas del imperecedero libro de Murger. No bien se hubo sacudido el «polvo del camino» fué necesario trabajar y trabajó ahincada y valiententemente. En sus treguas, que me las supongo nocturnas, prepárose solo para ingresar á los estudios de notoriado Todo lo venció este jovencito con la poderosa garra de la voluntad excepcional.

Una mañana penetró á mi habitación con el rostro inundado de júbilo.

Mira, me dijo, enseñándome un oficio: el Gobierno me acaba de conferir el cargo de Auxiliar en la Oficina de Empadronamiento, recientemente creada. Después comenzo á llorar. La onda de la emoción era tan densa que ahogó su alegria en lágrimas.

Tiene razón el joven autor de estas páginas, cuando dice; La lucha por la vida tiene algo de

desesperante, de cruel; pero, es más desesperante, más cruel resignarse á la monotonía del quietismo».

Hoy, está por terminar su carrera de notario, y aun cuando la termine no podrá diplomarse por carecer de la edad requerida para ello.

«Alma Trágica» título de la obra que prologo, ha sido concebida y escrita por el señor Isidro Rodríguez Martin, en dolorosas vigilias y en veladas de sensitivas tristezas. — He ahí su mérito capitalísimo.

— Como libro de escritor incipiente es correcto, gallardo en su forma, sincero y hasta con ribetes de singularidad en sns ideas.

Mi distinguido amigo, el señor don José Enrique Rodó, el implacable artífice de la palabra escrita, me ha dirigido la carta que á continuación transcribo. Influído, este eximio escritor por los méritos personales del joven Rodríguez Martin y por las condiciones revelantes de su ingenio, ha sintetizado su opinión en los diamantinos párrafos que subsiguen. Me exonero pues, de juzgar á «Alma Trágica», ante la presencia del maestro de la juventud intelectual de la América, que con justa

fama mantiene e cetro de la crítica en la jurisdición de los paises de la raza latina. Dice el autor de Ariel.

«He conversado con su conterráneo el Sr. Rodríguez Martin y he leído el manuscrito del opúsculo que tiene para prensa. Y así por la conversación como por la lectura, no tengo duda de que hay en este «improvisado» una inteligencia muy vivaz y muy digna de cuidadoso cultivo. En lo que escribe se vé un indudable instinto de escritor. Tiene natural elocuencia, y manifiesta un vivo sentimiento de lo que llamamos el ritmo de la prosa. Claro está que todo esto se transparenta en medio de desigualdades consiguientes á una cultura precaria y á una pluma aún inexperta. Pero lo que falta en él es lo que dan facilmente el tiempo y la contracción, mientras que lo que en él hay ya es lo que ni la contracción ni el tiempo proporcionan cuando no ha venido de la Naturaleza. Lós mismos temas que elige, las mismas filosofías en que se complace, prueban una inclinación á meditar que es nota doblemente rebeladora de personalidad, en tiempos en que la mayoría de los que

empiezan se acojen á la *turris eburnea*. Creo que la disciplina, la lectura, y sobre todo, el cultivo ahincado del «yo» en procura del preciado fruto de lo «propio», darán sazón á estos prometedores comienzos, tantos más interesantes cuanto que son de quien según Vd. me dice, todo se lo debe á sí mismo y ha probado su garra en la perseverancia de sus nobles aspiraciones. Y como por el hecho de aspirar á lo alto desde lo humilde muestra que tiene orgullo, esa bella condición, es de inferirse que no tenga vanidad, ese feo vicio. Como es orgulloso, desdeñará ser vanidoso; y así no es de temer que este pícaro gusano de la vanidad malogre la fruta pintona de su ingenio, como en tantos casos sucede; sino que debe esperarse que los elogíos que relativamente se le hacen le sirvan de estímulo y de obligación para consigo mismo, y le libren de la tontería de contentarse con poco pudiendo aspirar á mucho.»

Sepa aprovechar este flamante autor los sanos consejos del «maestro», perserverando por su perfeccionamiento intelectual, y alejandose del horno encendido de la lisonja, donde se han achicharra-

do inteligencias jovenes, prometedoras de mucho, en brillante decir del Dr. Blixen.

Queda, ahora, el señor Isidro Rodríguez Martin, armado caballero en la órden del ideal literario.

PEDRO ERASMO CALLORDA

Montevideo, Agosto de 1907.

I

El espolazo de no sé que punzadora idea determinó la marcha, y su visual cansada de modelar la suprema visión, fué á perderse en la lejanía de los horizontes, donde creía sentir su resplandor...

Iba solo, como el preregrino, como aquel *errante divino*, que revelaba en las palideces de su rostro el martirio de la idea.

Era uno de los encadenados al Cáucaso de las miserias, que incansablemente devora el buitre de todos los deseos: por eso su presencia evocaba todo el romanticismo de la Leyenda.



Para los que sienten y piensan hondo; para esos, que tienen suficiente poder de visual para llegar hasta el fondo de las almas, aún de aquellas que llevan el rinconcito impenetrable, como baluarte para su ideal, de que nos habla La Bruyere; que todo lo disecan y anatomizan, para sorprender las causas á que obedece la nerviosidad y complejidad de ciertos

espíritus, perennemente envueltos en una atmósfera extra-terrena, que parece irles esfumado en el azul de todos los idealismos; para esos digo, mi personaje no podrá ser desconocido...

Aleteaba en él algo de sobrenatural, talvez un fragmento del *hombre universal* de que nos habla Hugo, que, conspirando por libertarse de la dolorosa opresión que le imponen el relativismo y mezquindad de ciertos medios y circunstancias, aspira á llegar á una vida más ampliamente luminosa.

*
* *

El orla negra de su cabellera, que en

los prolongados insomnios parecía abanicar la idea, caía como una cascada sobre el mármol de su frente, de aquella frente que la meditación parecía haber hecho amplia, para dejar espacio al vuelo de los sueños, donde el pensamiento habíase reclinado, como la adorable cabecita de la amada sobre el hombro del amante, para llorar el imposible de las grandes pasiones irrealizables...

El verde de sus ojos, ofrecía el cambiante de la ola: á veces parecía decir: *amo porque es preciso*, ó bien: *odio*, en la misma imperiosidad de tono...

Algo que le mordía tenazmente, algo que quería ser... había hecho de él el refugio de una silenciosa tristeza; adivinábase en la misteriosa vaguedad de su mirada. Era de complexión delgada pero

excesivamente nerviosa. La pujanza del carácter y la nobleza del sincero á su advenimiento se dieron cita, formando el más perfecto amalgama; por eso traía la briosa acometividad de las almas fuertes, hechas para lidiar siempre.

No sé, si él podría decir como Michelet: *nací como una yerba sin sol, entre dos piedras de las calles de París*; lo que si sé, es que, mucho de lo que Smiles dice en la descripción de la vida de sus héroes le pertenecía. Venía de allá abajo, de las últimas capas del *estado llano*, donde tienen su asiento los humildes.

Sobre su vida distendía su manto la glosa coral de la trajedia; y en medio al canto épico de sus pasiones Ofelia ritmó las ternuras de su poema....

Ubicado en el desnivel de la pendien-

te, talvez por ironía de circunstancias, más que por una predestinación fatal; donde la lucha tiene amarguras de calvario, y el triunfo brilla con la siniestra luz de lo imposible, pero su brazo de luchador, fuerte y rebelde como una de sus ideas, en la tenacidad del constante esfuerzo, iba removiendo la pesada capa de los prejuicios y convencionalismos.

Soñaba con el gran Capitolio, donde todas las almas fraternizarán en el arte y en el amor, identificándose en un gran concierto.

Por eso sufría las nostalgias del visionario de la Atlántida, cuyo pensamiento fué como el ala de *L'aiglon;* de ese explorador, de ese eterno avanzada de no se qué invisibles legiones, que padece la obsesión de las cumbres y la eterna embriaguez de los nuevos horizontes...

*

* *

Alem, ese gran proscripto del carácter, que se alejó de la vida como bandera que se plegó en derrota, gritó por él, al apurar la copa de las amarguras infinitas que le brindara la constante lucha: *Los antecedentes condenan*; frase que vibra al oído de aquel que la pujanza de su brío coloca fuera del círculo de esa masa *informe y multiforme* que se llama vulgo.

La presencia de esos individuos á quienes toda idea noble y avanzada les asusta y les disuelve de la misma manera que el *agua fuerte* á los binarios; amoldados á todas las vilezas cortesanas; que pa-

recen haber nacido para ostentar en su frente la lapidaria frase de Tácito; la idea de una juventud *moralmente lívida*, sin pasiones, vegetando adherida á la corteza de todas las abyecciones, le asustaba: por eso sentía placer en aislarse, y, la soledad claustral de su silencio, evocaba la *supervida* de su religión, sintiendo dilatarse las paredes de su cráneo en la onda vibrante de la idea...



La juventud, que es la más bella promesa de la vida, para que en la realidad pueda entonar su "excelsior", es necesario que avance siempre, que marche ha-

cia adelante, con una aspiración siempre creciente, concentrando la dinámica de las pasiones hácia el lado noble de la vida, que es el lado bello; para que su constante esfuerzo tienda á eliminar los tenaces vestigios de ese *Calibán* que aun duerme en el corazón de la mayoría de los individuos, retardando el reinado de la obra de Ariel

Y pienso que esa y no otra debiera ser la misión de los que escriben, puesto que el libro ha venido á ser también un medio de propagación del raquitismo de alma.

II

Con la intuición profética de las almas superiores exclama el devino Materlinck: *Los besos del silencio en la desgracia — por que en la desgracia es principalmente donde el silencio nos rodea — no puede olvidarse; y he aquí porqué los que les sintieron más veces que los otros, son mejores que los otros. Talvez sean los únicos en saber sobre que aguas mudas y profundas reposa la fina corteza de la vida cotidiana...*

Por eso hay en los que vienen, surgidos de la gran zona reveladora del silencio, á cuyo beso sintieron abrirse el alma para la lucha; el culto ferviente, la devoción casi mística, por la más redentora de todas las religiones, por la humana religión de los corazones; que proclaman con todo el entusiasmo del creyente y con toda la fé de los convencidos; convocando para su culto á todos los espíritus, por ser la única que encarna la profecía del Maestro de los nuevos; *amarlo todo, para comprenderlo todo; comprenderlo todo para perdonarlo todo*. Por eso sienten ante la grande universal tragedia una infinita conmiseración.



Diríase que el sufrimiento del humilde, del débil; que el grito del agobiado por todas las miserias, del flagelado por los convencionalismos, del rezagado de la *gran fuerza;* lo mismo que el encallecimiento de los corazones por todas las avaricias y mezquindades; y el empobrecimiento del espíritu por el culto de los ruines egoísmos, que va produciendo la anestesia en lo que de divino tiene el alma humana, les ha dado conciencia del *gran dolor;* por eso aman. Ellos saben que todos arrastran la misma cadena, que todos caerán doblegados ante el mismo peso: el anatema bílico fulmina á todos.



Ante el desfile de la gran caravana, cn su eterna peregrinación, agobiada como Sísifo bajo el peso de la *enorme piedra*, su espíritu parece abrasarse en los resplandores que aún despide la visión dantesca, y siente ansias soberanas de *luz*, que es vida, como las que el que se vá sumergiendo lentamente, siente por el aire; por eso forcejean, como el que lucha contra una gran corriente, por descorrer la bruma que envuelve á los corazones y comunicar á todos esa esperanza y ese amor en que llevan inmpregnadas sus miradas, causa de sus infinitas tristezas...





En los pueblos donde aún existe el fanatismo por el predominio del músculo sobre la luz del pensamiento — que es, según la vibrante expresión de Vico, la constante amenaza del retorno á la barbarie, — lo mismo que en esta América turbulenta, que aún parece retorcerse bajo el peso del anatema que hace más de medio siglo le arrojara el gran Sarmiento, los hombres viven casi sin conocerse, porque no se tratan fraternalmente, y sólo en presencia del gran peligro, cuando falta valor para la prueba sobrehumana, es cuando los brazos se tienden á lo alto, esperando que la redención venga del *Altísimo.*



Nosotros no queremos que los *que vienen* formen parte de ese rebaño: haremos porque el estandarte de nuestros ideales, que son los colectivos, vaya, á semejanza del alentador hosanna de Littré: *¡Siempre más arriba; siempre más lejos!*—para que todos le vean, aún los más apartados; para que su luz alcance á todos é indique el camino á los que, doblegándose bajo el peso de la *gran carga*, se han apartado de la senda.
El orientará á los espíritus que sin ideales flotan, y fortalecerá á los corazones cobardes, sin fé, obligándoles á la lucha que redime.



Los que en silencio trabajan, porque aspiran á la perfección, porque quieren que el porvenir tenga la frente todo lo amplia y luminosa con que ellos le conciben, no dejarán de repetir á cada instante, por que saben de la gran verdad que encierra, la exclamación de Carlyle: *¡Silencio, gran imperio del silencio más alto que las estrellas, más profundo que el reino de la muerte¡..* *Esarcidos están aquí y acullá, cada uno en su retiro, pensando en silencio y trabajando en silencio.* El país que no tiene hombres de estos ó que tiene pocos, no va por buen camino. Ellos serán ¡oh patria! los que vendrán á librarte de las garras de tus *políticos*, que, como las del buitre de la leyenda griega, te desgarran y te esquilman. Y cuando te hallan oxi-

genado la sangre é infundido nueva y vigorosa vida, ellos te alzarán en el pujante brazo de sus ideas; y como aquella madre á quien el Profeta de Medán hace decir á ese enfermo y bullicioso París, como un himno de la naturaleza, como un hosanna á la vida: *así te quiere ver*... mostrándole un hermoso y robusto hijo: ellos también le dirán á esta América: ¡Así te queremos ver!.. robusta, fuerte, llena de luz y de vida, para que tu cosmopolitismo sea el primero en hacer desaparecer el convencionalismo de fronteras, y consagre el abrazo de la fraternidad por el cual se han de identificar todos los hombres...

III

¡Oh! almas que en las peregrinaciones por esta vida, llevais recorrido muchas veces el desierto del dolor.

¡Oh! la hora fría y desolada del sufrimiento que abatió vuestras cabezas, presentándoos ante vuestra vista el paisaje de la vida con soledades de estepa y arideces de desierto; sintiendo, en infinitos deseos de consuelo, la caricia de la des-

carnada mano de la muerte, que os sonreía con sus ternuras de madre!

¡Oh! la gran reconciliadora!

¿Será preciso creer, que en su seno, que en su frío seno, podrán únicamente abrazarse los hombres?...

El *ser ó no ser* de Hamlet, os oprimía, y precipitasteis el momento de la prueba.

Nada fueron para vosotras las violentas sacudidas de la lucha. El valor que dan las grandes convicciones, hizo que os mantuvierais siempre firmes, soñando con el definitivo triunfo de vuestros ideales,—por los que sentíais fé, inmensa fé. Así os lo permitían creer la hidalguía de vuestro carácter, la nobleza de vuestras ideas, y el puro y delicado sentimiento que por todos sentías, algo más, ·mor, inmenso amor, que os hacía ver

en cada uno algo más que un simple semejante...

Pero fuí cruel, inmensamente cruel, quizá por el desgarramiento que en lo más íntimo producen ciertos desencantos, al tener que convenceros, sintiendo la sarcástica carcajada que el Sancho menos noble de estos tiempos os arrojó, de que ibais á romper lanzas contra molinos de viento, oponiéndoos el brutal utilitarismo, que de manera alarmanate ha ido abroquelando á los individuos en sus murallas de hielo.

Os agotó la esterilidad del sacrificio, y quedasteis, como Margarita, en los remansos de la vida, deshojando la flor de vuestras blancas idealidades...

¡Oh, los que no saben del poema de

tristezas que van recitando esas hojas que caen!

*

* *

La mayoría de los individuos, espoleados por el *Times mónis*, no hacen más que dar vuelta la noria de su vida, para acumular centavo sobre centavo, y afanados en esa labor, viven á prisa, "sudan la vida", manteniendo siempre abiertas las enormes fauces de su ambición insaciable.

Para los que anhelan un fin que enaltezca, que dignifique más la vida, este es un espectáculo de dolor.

Ninguna de sus acciones acusa el móvil noble y desinteresado á que tiende la selección en los espíritus superiores.

Este achatamiento cerebral del individuo que tiende á convertirle en máquina; que á la vez de proscribir de su espíritu lo que éste tiene de más puro y delicado, mutila su pensamiento al imponerle una tan innoble servidumbre como la de servir exclusivamente á la actividad económica, que todo lo subordina al *yó* brutal y egoista, como si la *super vida* la constituyera el mercantilismo; esta deformidad volutaria de la personalidad moral, provoca en nosotros la más severa de las condenaciones, el más violento de los anatemas, puesto que en el orden de las degeneraciones, es la que más degrada al individuo.



Es necesario; oh juventud! vos, la colaboradora en la gran obra del mañana, para la que todos hemos contraído el más serio de los compromisos, á riesgo de perder la parte noble de la vida, si vuestro concurso no es eficaz, es necesario una formidable reacción para precipitar la caída de este medio que se desploma, que agoniza moralmente.

Es necesario también, juventud, quē en la tregua, para no envalentaros con el triunfo—sepais imponerle á vuestra naturaleza un poco más de *silencio*, para que el obrero de vuestro pensamiento pueda modelar en cada uno de vosotros, la noble y generosa personalidad de Ariel; cuya misteriosa presencia en la vida, viene á despojarla de los bajos instintos de la irracionalidad, que se es-

fuerzan aún por mantenernos en el orden de las regresiones atávicas.

¡Que el *evangelio del amor, del desinterés, de la inteligencia* haga llegar su onda balsámica, siquiera sea hasta los propileos del templo de estos Fenicios que todo lo han ido invadiendo y para quienes el arte y la ciencia hanse convertido en otros tantos medios de fácil especulación!



Los que, con todo el poder de sus energías, van forcejeando por mover el pesado fardo de la humanidad hácia una atmósfera donde la vida pueda hacerse más tolerable, por que de ella tienen un amplio y noble concepto, volutariamente

se han impuesto un martirio, que en muchos nos evoca la dolorosa imágen del Nazareno en las soledades del Getsemaní; y ellos pueden decir á la humanidad como Cristo á su padre:

"¿Por qué me habéis abandonado?"

. . . .

IV

¡Armonía, armonía divina!.. Tu ritmo produce mi embriaguez ... obsesionado mi pensamiento de tu sublime forma bella, sigue tu vuelo, lo seguirá eternamente, aún cuando quede la materia, como un oriflama rojo, sangrando en los picachos de tus cumbres.

Quieres hacernos transparente, y tus esfuerzos por covertirnos en luz, nos van carbonizando lentamente en el deseo...

No importa: de las mutilaciones de la

carne surgirá triunfal la poesía del dolor, y hácia tí irán, Amada de mi vida y de mi sueños, las blancas mariposas de mis poemas, á esparcir el polen de mis caricias en la rosa encarnada de tus labios.

V

El arte es lo que hace más suave, más amplia, más bella, la vida; ante su *caricia* todo escollo, toda aspereza, que está impidiendo el acercamiento y la fraternidad de las almas, tiende á desaparecer.

Por eso, los que le elevan á la categoría de religión única,—puesto que en el sentimiento es donde todas consiguen ponerse de acuerdo,—radican su suprema manifestación en la mujer. Es en donde lo que el arte tiene de "más arte", se hace visible, palpable.

El alma que lo siente, que es capaz de sentirlo intensamente, pone en todos sus actos una infinita ternura; un perfume de caricia para envolverlo todo.

El dolor, que es lo que le dá carácter de drama á la vida, que es á la vez la medida de nuestro esfuerzo, la resultante, de la fuerte tensión del pensamiento, que lo mantiene siempre en la actitud del vuelo; encuentra en el arte su atenuante.

VI

Para el artista que no ahoga su fantasía en el mero sensacionismo, hay en la estética de la línea tal cantidad de Dios, tal vez mayor, que la que cree columbrar el asceta desde su reclusión claustral.

VII

Los individuos que, por la promesa de la gloria futura que les asegurará el perpetuo goce, hánse petrificado en la frase de Kemps: *vanidad es amar la presente vida. Vanidad es amar lo que tan presto pasa*, han ido mutilando lo que de Dios existe en la Naturaleza, con ese régimen impuesto de espantosa y estéril soledad.

VIII

En el arte como en el amor, se opera el prodigio de la fecundidad. La vida es su más bello florecimiento.

IX

¡Qué rara, qué extraña á la vez, qué exquisita sensibilidad no existe en los corazones que han sabido sentir todo ese *sublime egoismo* de las pasiones únicas!

La creencia de que todos sienten la corriente del ritmo que les embriaga, les hace colocar tal cantidad de belleza en todo, que ante sus ojos todo parece rodearse de una cierta aureola. Y les cuesta convencerse, resignarse á creer que lo trivial y vulgar (para ellos cargas inso-

portables) es lo que solamente interesa y preocupa á los demás corazones, es lo que forma el cortejo en su cuotidiano trajín. Imperiosamente exijentes en el amor, que es el cristal que hace ver la vida bella, encuentran en todo lo demás una desesperante monotonía.

X

¡Oh pensamiento! en vano te esfuerzas por abarcarlo todo con tu vuelo audaz; en vano es que tu implacable bisturí vaya disecándolo todo...

El poder de tu visual centuplícase con el poder de la lente, y, con el ansia suprema del que desea, arañaste el rostro de lo *infinitamente sombrío*, sin poder conseguir nada de la verdad que te proponías. Está fuera de tí, escapa á tu po-

der el llegar hasta el fondo del *supremo misterio.*

Ayer como hoy, y hoy talvez como mañana, te seguirá oprimiendo la X indescifrable de la vida.

Gravita sobre tí, como un enorme peso oprimente, la serenidad de las esferas, y tu alma fué á enriscarse en los témpanos polares de la duda. . .

XI

No diré que pasemos por el período de la definitiva cristalización, pero si estamos en la época en que el hombre ha conseguido realizar casi los mayores imposibles, con la humillación del tiempo y del espacio.

El silbato de sus locomotoras—que en avalanchas van transportando el progreso—como una potente clarinada de victoria, ha ido á hacer su eco en lo infi-

nito de todos los mares y en la espesura de todas las selvas. Y el trabajo con su vigoroso bicep asestó el golpe decisivo á la *muralla china* de todas las ignorancias, haciendo surgir la idea nueva, risueña como un Oriente, llena de luz como una aurora, bella como toda esperanza...

El estandarte de la civilazación es hoy un gran arco voltaico cuya luz tiende á envolver todo el universo...

Y es el momento, Civilización ó Progreso, de preguntarte: ¿qué has hecho para hacer menos pesada la carga que agobia á los oprimidos; á los vejados por las injusticias de la vida; á esa gran parte de humanidad que amenaza quedar axfisiada por los poderosos tentáculos del pulpo que la oprime?



Tu ciencia ¿qué ha hecho por hacer menos gruesa la corteza de ignorancias que cubre el corazón de los individuos?

Has hecho posible la *transfución de la luz en las venas de los pueblos*, ¿y te ha parecido imposible la tranfusión del amor, á todos los corazones?

¿Es que han creído acaso, para que el hombre pueda llenar ampliamente sus fines, que estos deben encerrarse en el absurdo aforismo de Kant?

¿Habrás creído realizada tu obra, con haber infundido la mayor cantidad de luz posible en su cabeza?

Has sabido elevarle y no has sabido dignificarle, en lo que de noble tiene esta palabra. Lo que ganaste en *extensión* lo perdiste en *intensidad.*

* *
*

Y sin embargo, ha habido y hay escritores que se han consolado y se consuelan con la ilusión de verte un día convertida ¡oh ciencia! en la suprema religión de las almas. Creo que es llegada la hora de convencerse de que no eres tú la que respondes *á la ansiedad del alma colectiva.*

Si has vivido hasta ahora, si debes vivir como una necesidad del pensamiento, es á condición de proporcionarle y perfeccionarle medios, para que todos puedan participar de la misma cantidad de luz, á fin de hacer posible el reinado de la única verdadera religión.

Pero, es tan grande el fanatismo que por tí existe, que la vida te está subordinada, tú que debieras ser el medio, y la vida el fin.



Este pueblo de industriales, que no piensa más que en la mecánica de la deglusión y sólo sueña con elevar chimeneas, me es odiosamente insportable...

Hase conseguido materializar tanto el espíritu, despojarle de todas sus ilusiones —fuentes que riegan con sus idealismos los momentos más prosaicos de la vida— que parece viviéramos como fuera de la naturaleza—que nos agitáramos en una atmósfera que no fuese la nuestra. Lo dice esta angustia, este malestar que en todo se nota.

¡Oh ciencia! cuando podremos decir eres luz porque en tí vibra el amor!

Entonces podrás llegar al fondo *íntimo é inmortalmente nostálgico del alma humana.*

*

* *

Vivimos juntos, diariamente nos codeamos, y si el dolor deja entrever sus huellas en el rostro del que pasa, talvez en silencio, por un momento llegará á inquietarnos la idea de su sufrimiento; talvez, si nos detenemos algo, tengamos tiempo para satisfacer la avidez de nuestra alma con el comentario que hagamos de "¿qué tendrá?..." pero enseguida nuestra atención seguirá preocupada en lo que es objeto de nuestro cuotidiano trajín, en aquello que solamente tiene puntos de contacto con nuestro *Yo* personal y egoista, que determina la insaciable sed de tener, de poseer.

Para que podamos comprenderle, para que podamos amarle, es necesario que se una á su vida algún acontecimiento extraordinario; es necesario que la muerte venga á interponerse entre su vida y la

nuestra, para que despierten nuestros sentimientos; es sólo entonces cuando se llenan de lágrimas los ojos, y es cuando ha venido á hacerse imposible todo amor! ¿Por qué, para qué son así los individuos?

Y sin embargo, diariamente óyense voces de lucha en pró de una causa común. Son como energías que se pierden en el vacío, puesto que esos esfuerzos no tienden á ponerse de acuerdo; parece que ni aun se conocieran los unos á los otros.

XII

Hay en todo lo que se lee, dice Paul Bourguet desde las páginas de un libro, una como amplia indagatoria acerca del alma humana.

Y si esto, en algunos pensadores, no ha sido más que un análisis razonado, consciente del fracaso, determinando en ellos una perenne pero silenciosa duda, en otros este afán de investigación ha degenerado en enfermedad, llevándoles á hacerlo pasar todo por el alambique de su pensamiento, para el cual, como en la alquimia del demiurgo, no existe almalga-

ma indisoluble, y el "nihil" de la suprema desilución de Fausto ha sido el coronamiento de su obra.

Hasta la vida hase convertido, para ellos, algo así como en la sombra pavorosa de Banquo para el espiritu de Macbeth, y huyen de ella para recluirse en el ensueño del Nirvana, como si el fin supremo y único de la vida fuera la muerte.



Estos tísicos del alma, como los llamara Nietzsche, son los que más eficazmente han contribuido á la propagación del raquitismo de la voluntad.

Es á ellos á quienes hay que hacer responsables del malestar, del descrei-

miento que hase apoderado de una parte de juventud, convirtiéndola en rémora, pudiendo haber sido palanca.

Apenas se inició y ya le vá haciendo ascos á la vida, que parece adelantarle la *agonía del suicidio*: por eso su presencia tiene algo de siniestro.

Agotada la surgente de la esperanza quedó esteril en pleno florecimiento. ¿Puede pedirse nada más triste?



La lucha por la vida tiene algo de desesperante, de cruel; pero es más desesperante, más cruel, resignarse á la monotonía del quietismo.



Cuesta romper con el limitado círculo de la vida sin aspiraciones, vulgar, pero es necesario hacerlo, y lanzarse á escudriñar, á explorar horizontes, para poder responder á la formidable interrogación del "¿quién soy?" El que no es vida, el que no ha hecho nada, no puede pretender nada, no tiene derecho á nada.

* *

*

Hay algo de inquietante en la nerviosidad que provoca lo indeciso de ciertas perspectivas; pero es necesario saberlas sentir sin desmayar; es necesario participar de sus ardores: la lucha es lo que vive y hace vivir. Como en la fragua donde se purifican los metales, ella también purifica quinta esencia al individuo.

El rostro que pasó por su crisol ad-

quiere el sello de lo venerable y de lo noble.

*
* *

Cada esperanza que cae canta el salmo de vida á la que viene: *la promesa*, con su eterna sonrisa, reanuda en mi el esfuerzo, y; avanzar, avanzar siempre, forcejeando por descorrer el velo que cubre á la X misteriosa del porvenir.

*
* *

Para los que saben que no es necesario que los ojos se cierren para procurarse esa especie de adormecimiento, en que el pensamiento parece ponerse en mistriosa comunión con lo invisible y lo desconocido; para los que creen que el

pan si bien es reclamado por las necesidades orgánicas, no constituye la única necesidad de nuestra naturaleza, porque saben de una función más transcendental que la que se resuelve en tejido adiposo; también creen que la onda de vida que produce la perenne vibración de las células, no es fecunda por lo extensa, sino por lo intensa: por significar siempre un avance á un superior grado de perfección.

Los que practican lo contrario, por que piensan de diverso modo, no hacen más—á mi juicio—que cultivar sus puntos de contacto con la bestia.

XIII

Con frecuencia he oído formular cargos contra la Democracia de América, haciéndola responsable de nuestras continuas luchas intestinas, y presentándola como un elementos inasimilable á nuestro organismo social. Y esta tesis presentada por muchos escritores, parece esforzarse por hacerla irrefutable la parte que á nosotros nos toca, pues desde los albores de la independencia hasta nuestros días hemos asistido al penoso desarrollo de toda una tragedia, sin más intervalo de des-

canso que el necesario para que los actores se resarzan un tanto de las energías perdidas; perpetuándose con esa lucha un tradicionalismo que es como puntas de fuego para el país. Parece que la indomable energía de la raza estaba reclamando el freno y la espuela de la monarquía. Sin embargo, en pueblos que ya han adquirido un cierto grado de cultura, la Democracia, como ideal de gobierno, es evidentemente la forma que se impone (sobre toda la federativa por la autonomía regional que concede), pues es la única que ennoblece al individuo, arrancándolo á la esfera de siervo ó súbdito para elevarlo hasta la categoría de ciudadano. Pero la idea de igualdad (que es su esencia) ha llegado á desnaturalizarse: aquí las críticas que provoca.

Hay notable diferencia entre conceder

á todos iguales derechos, y creer á todos con iguales condiciones para ejercer esos mismos derechos pues; por mucho que la democracia consiga avanzar en el terreno de la cultura, nunca conseguirá realizar el prodigio de establecer *igualdad* donde la naturaleza se encargó de establecer diferencia.

*

* *

La política parece ser aún, en América, el único escenario donde el individuo puede desarrollar sus energías, demostrar sus condiciones, pues los demás medios de avance son muy lentos y penosos, dado el atraso en que se encuentran la gran mayoría de los factores sociales.

Y en la política de América todavía vive la frase que Shakespeare dirigó al reino de Dinacarca, en una de sus creaciones más geniales.

La figura pavorosa del caudillo, cuya sombra lo entenebrece todo, todavía no se ha despejado de su aureola. Su obra que no es más que la astucia del vividor, que todo lo pospone al medro personal, trae como consecuencia inevitable encumbramiento de individuos que bien estaban en su medio siguiendo nada más que el inconsciente desenvolvimiento de su función vejetativa, pues fuera de él son una aberración.

A la juventud, que desde temprano gusta participar de los ardores de la política, y cuyo concurso hasta ahora ha tenido el valor convencional del cero, pues ha necesitado plegarse á la unidad

"caudillo" para ser cantidad, toca ser más consciente de su misión. Con frecuencia he reído piadosamente en presencia del espectáculo que ofrece: digo piadosamente porque es triste esa *parodia del ridículo*. Tienes que saber ser hombre en lo que de noble y puro encierra esta palabra, para saber respetar lo bueno, lo que vale, porque es bueno y porque vale; y saber despreciar lo malo, lo que no sirve, por nocivo, sin concederle un momento más de consideración en vez de transigir como hasta ahora lo has hecho, á prctesto de que las *circunstancias lo exigen*... cortapizas que las conveniencias ponen al carácter; robusteciendo tu criterio con la filosofía y la historia, que te darán conciencia del efectivo valor de las cosas, y harán que tu concurso á lo noble sea eficaz; conservando siempre la suficiente

idependencia, para no anularte en la ciega idolatría de los individuos.



En boca del declamador político, es donde lo convencional asoma su mueca más ridícula. Con frecuencia se le oirá hablar de *integridad de carácter y de pureza y nobleza* de intenciones, pero llega el momento de la prueba, y se opera en él una completa metamórfosis, apareciendo en escena la figura de Tartufo.

Es harto frecuente el caso para que me ponga á citaros ejemplos.

Hay que hacer lo posible ¡oh juventud! por no defraudar la esperanza que Edgar Quinet puso en esta frase: *En los vientos que soplan por América hay gérmenes de vida nueva.*

Del Dr. Julio Herrera Reissig—

Señor Isidro Rodríguez Martín.

Buen amigo:

Ha penetrado Vd. gravemente en mí espíritu.

Las ondas vibrantes de su prosa geométrica han generado otras ondas en mi pensamiento, ondas hermanas, si se quiere, por la simpatía del orígen y la nobleza literaria de su formalismo sóbrio y tranquilo. No se ha limitado Vd. á desflorar su númen en pétalos galantes de retórica de una suntuosidad merovingia, ni ha salpicado de vanas hojarascas primaverales

de poesía el minuto iniciador de su sacerdocio artístico. Siente Ud. con toda la lira, desde el comienzo sugestivo de sus promenades por Hipocrema. Piensa Vd. con todo el orquestón profundo del juicio, desde el pórtico severo de su jóven libro.

El ceño de la rebelión profética que es á la vez el surco metafísico, horada perpendicularmente la noche del tiempo y el caos del Inconsciente tenebroso. Su Pegaso con el alma del mundo en sus ojos y el huracán del pensamiento en las fauces bravías, perfora las constelaciones del Más Allá y bate el trueno de sus cascos en el flanco del Imposible. De su pluma, como de una fusta épica, serpentea el relámpago trascedental de la hipótesis. La tinta eterna en que se ha mojado ese Dolor,, — Dolor, fuerte, ineluctable, filósofo... Usted es ya un escritor, un tempe-

ramento y una conciencia. Sus veinte años son ya un hombre. Y las setenta páginas de su "Alma Trájica" son ya un libro, perfectamente responsable pese á los que á toda fuerza quieren ver en un debutante un incompleto y en un imberbe un aprendiz. Esto no quiere decir que Usted adolezca de imperfecciones peccata minuta — por haber vivido apenas y que su obra sea un chef d' oeuvre, como se dice por los pedantes de la escolástica almidonada. Al fin y al cabo reflexionando en la relatividad de la vida humana — que representan los ochenta años de una anciana experiencia, no son por ventura, un instante galvánico, un suspiro automático de asociaciones en la conciencia, un electrón del tiempo, un átomo de este fantasma imponderable, que huye apenas creemos tocarlo y se pierde en la selva negra

de la Eternidad. Qué ha podido ver ni aprender una senectud, que se ha podido burlar de los veinte años de un niño. Lo único que se cuenta como vida vivida, como estadística mundana y como archivo íntimo de psicología y de ciencia esencial de observación es lo que se ha sufrido, es el minuto fecundo de dolor y de silencio en que la frente pesa sobre la mano y el Infinito y Dios sobre la frente, — es ese soplo negro que ha arrugado el corazón y envejecido la cabeza de nuestras almas con nuevas capas de melancolía y de sudor estratificados. Así á los veinte abriles coronados de amapolas se pueden haber vivido ochenta inviernos florecidos de heliotropo, — vivido ó lo que es lo mismo, agonizado en precocidaz sintética de acerbadas sabidurías, — como también es posible que haya octogenarios niños,

espíritus bien aventurados, como los del Sermón de la Montaña, incircuncisos la Vida, cuya nevada capilar, corona de rosas blancas, simbolice inocencia, candidez de almas inéditas, frescura de dicha, virginidad de dolor, — de esos que han pasado por el mundo sin mancharse,, como el cisne por la ciénaga, y que han sufrido el contacto del Mal, como Daniel el de los leones, sin haberlo siquiera sentido rugir, — de esos tantos y tantos peregrinos que pasan y pasan, mudos á todo, sordos á todo, insensibles siempre, como de mármol, que vienen y se alejan con el mismo paso lento y los ojos en blanco entre la sombra réproba del Cabilán del Vicio y la Esfinge del Problema que á cada paso interroga!...

Y, pues, si Usted tiene el borrador palpitante de las vigilias obscuras escrito en

el fondo de su yo consciente y vibra su pluma homérica al diapasón frenético de las tempestades sordas de la vida, cómo no cincelar el verbo sacro del Genio y hacer circular á torrentes la sangre noble del Arte por las curvas esmaltadas del estilo, entre las turgencias clásicas y morbideces reales de la Belleza, bajo el ópalo asiático de la fantasía, en todas las facetas del vocablo parnasiano, en todos los paradógicos balances del capricho macabro.

¡Oh el dolor espasmódico de escribir, oh el supremo deleite de domar la idea, oh el vértigo inenarrable de hincar la pluma en los hijares del Pegaso y hundirse en la Inmensa Noche sin auroras y sin luceros!

No puedo menos que estimular sus entusiasmos viriles y decorar, sin reservas

de dómine cegi junto, con una rosa como las de Anacreonte, ebria de espumoso nectar, el triunfo inicial de sus talentos, que estoy seguro es el precusor risueño de otros mayores y que señala con galón de oro la primera etapa de su gloriosa campaña artística.

La estética sonríe de parabienes en cada página sonora de su poema melancólico, — estrellado de lágrimas, — francamentes sincero en esta época de malabarismos y mórbidas posturas para la galería, y noblemente abierto á la aurora beata, de lo Porvenir, que Usted presiente y de que se satura con unciosa voluptuosidad de Pitoniso.

Su precocidad no será de las que se ahogarán "como ciertas Primaveras que se apresuran y por lo mismo se hielan"...

Le repito que es Usted todo un escritor

y parodiando la frase de Victor Hugo, podría decirse que se ha presentado en el horizonte de nuestras letras con el descaro de un astro.

A los laureles que abanican su frente una Usted los que le ciñe.

De Alberto Nin Frías—

Un nuevo discípulo de Rodó se ha hecho conocer estos días.

De su maestro admira los encantos del estilo y el pensamiento hondo, procedente de las más fuertes corrientes modernas. Su admiración ha sido provechosa, se advierte de inmediato en sus meditaciones cortas.

Pero fáltale el sol encantador del Helenismo que orna todas las produciones del sutil Prospero Americano.

No tiene su fé, su esperanza y su intuición de luz para el porvenir.

De ese príncipe augusto desciende el autor de "Alma Trájica". Su espíritu se

mueve al son de la piedad, rara vez de la ironía. La visión de la belleza del espíritu y la fealdad del mundo — entre los cuales existe una disparidad tan marcada — le han inclinado al pesimismo y á un desencanto prematuro.

Comprendo perfectamente la neurastenia que se ha vuelto el estado reinante de la juventud intelectual americana. Durante años fuí yo también presa de esos sentimientos encontrados de duda, desesperanza y desamor.

Creo haber pasado la crisis del enervamiento que producen estas sociedades noveles, donde se obra á saltos é impulsivamente.

Educado en un medio donde la energía se cultiva cuidadosamente, donde la disciplina y la gerarquía no son cosas del todo vanas é inútiles, he reaccionado de

la primera impresión que me produjera el trasplante. He vuelto á recuperar por la amistad con el espíritu y las relaciones de discípulo á maestro, todas las fuerzas — que alimentaron mi infancia. Silencio el odio y el desprecio, perdono siempre y busco vivir en armonía con ese impóluto ideal de que tan sabiamente discurre el autor favorito de Rodríguez Martín.— Maeterlinck. — Y esto no solo con mi alma sino con la de todos los seres vivientes.

El pesimismo ha huído de mí y me he convencido de que el mundo no necesita tanto de lógica sutil, como de una juventud sana y viril. Los ideales no pueden ser revelados sino por medio de la vida.

"Alma Trájica" es una lamentación sincera sobre el actual malestar porque atraviesa la juventud. Busca dar "la idea

de una juventud" moralmente lívida. "Sin pasiones, vejetando adherida á la corteza de todas las abyecciones, le austaba: por eso sentía placer en aislarse, y, en la soledad claustral de su silencio, evocaba la "super vida" de su religión, sintiendo dilatarse las paredes de su cráneo en la onda vibrante de la vida".

En otra parte se queja de que los hombres viven casi sin conocerse. En efecto, la falta de una franca sociabilidad es causa de la mayor parte de nuestros males.

Los hombres que menos se conocen, son generalmente aquí los que más se desprecian.

Hermosas frases le sugieren el silencio. Respecto de lo que él puede enseñarnos, el estudio de la vida de Cristo revela luminosos esplendores. Cuando una gran crisis amenazaba la vida del maestro, se re-

tiraba á la soledad y allí adquiría la fuerza necesaria para la lucha y la prueba próximas á estallar.

Fué un ser eminentemente social, pero también un solitario en la acepción más elevada del vocablo.

Sensatas observaciones y severos juicios arrancan á su pluma el arte del politiqueo. Al leerle me vino á la mente un pensamiento que surge á menudo en los escritos de Unamuno: estos pueblos riñen por carecer de inquietudes espirituales.

Mucha idea y bellamente expresada se encuentra en "Alma Trájica". Isidro Rodríguez Martín si sigue conservando sus aptitudes para pensar bien hondo, y escribir tersamente, pertenecerá al pequeño grupo de escritores sujestivos.

Mucho hallo que aplaudir en la ten-

dencia y en la forma. Por "Alma Trájica" es posible internarse á muy hondas concepciones.

Desearía decir dos palabras respecto del estado de ánimo del nuevo escritor. Tiene mucha sensibilidad por el dolor. Ha sufrido, se vé, y con infinito provecho para su desenvolvimiento moral é intelectual.

Está sumido en un hondo pesimismo. Voy á permitirme sugerir un concejo. Podemos salir de la duda dejándonos guiar paternalmente por una voluntad superior. Perder cierta libertad en este caso es beneficioso porque damos más juego á nuestro verdadero "yo", nuestro "yo" superior. Rodríguez Martín pide consuelos á la Ciencia. No es á ella ni á los que la aplican prácticamente que es menester ir á pedir el alivio de las injusticias de la vida. Es necesario volver los ojos á los grandes

corazones, á los cerebros en quienes el poder de la voluntad y de la inteligencia serena se hermanen en una organización admirablemente moral.

El amor por las cosas que nos inspira su influencia misteriosa, ¡el perfume que emana de nuestra vida una vez que él nos guía! la luz, la belleza toda del deber y conocimiento de las verdades espirituales, darán razón suficiente á sus palabras selectas: "Buscad primero el reino de los cielos y lo demás os vendrá por añadidura". El hombre y la sociedad serían felices si tranquilizasen su espíritu y serenasen su corazón. Acaso Rodríguez Martín no ha escuchado la voz del silencio? No ha oído su espíritu meditabundo el llamado del Crisitianismo á la Humanidad, desde hace casi dos mil años: "Venid á mí los que estáis cansados. . ."

Acercándonos á ese hogar, nuestra vida se transfigura de tal modo, que todo otro modo de existir nos parece frívolo y desprovisto de sentido.

Entonces podrá nuestro simpático autor llegar al fondo íntimo é inmortalmente nostálgico del alma humana". En esa experiencia hay certezas de una vida nueva.

De Juan José Soiza Reilly—

He aquí un libro que nunca podrá ser popular. Es un libro escrito para hombres de temperamento refinado y para mujeres de mal corazón. Llámase "Alma Trájica". Pero, no os asustéis. No se trata de un historia de sangre. No se trata de una de esas novelas tan vulgares que deleitan el alma sanguinaria de nuestras co-

cineras. No se trata, mucho menos, de un drama, en donde las dagas de Moreira ó los arrebatos de un indio salvaje, desarrollan un tema de miseria carnal. No es, os digo, una historia, una novela, un drama... es un libro nuevo. Es un libro de confesiones íntimas. Un breviario en el que su autor ha volcado toda su vida intelectual de apóstol. De apóstol sin Jesús. De apóstol que trae bajo su frente el triste desconsuelo de la meditación. El autor de "Alma Trájica", es Isidro Rodríguez Martín. No creais que es un anciano dedicado á la química sentimental de sus dolores. Es un hombre joven. Su vida ha tenido calvario. Y por eso, sin explotar la industria de las cosas de su espíritu, ha dicho en frases serias, pero tristes y con buenas ideas, pero crueles, todo lo que ha querido y todo lo que ha

llorado... La obra de Rodríguez Martín no es falsa. Podrá ser malsana. Podrá ser también, un libro inútil como todas las obras superiores. Pero no es la producción de un restacuero. La obra de un filósofo que fuera soñador...

En Montevideo este libro ha sido objeto de elogios y censuras. Pero, en Buenos Aires, los "críticos" liiterarios que suelen vender sus juicios en los mostradores de algunos diarios, no han dicho una palabra. ¿Sabéis porqué? Porque ningún padrino se dignó protejerlo... Esto es doloroso. Pero es una verdad que conviene destruir á golpes de martillo.

José Enrique Rodó, que es el más sapiente crítico de América, acaba de pronunciar su opinión sobre el libro de Rodríguez Martín, y á dicho: "Los mismos temas que elige, las mismas filosofías en

que se complace, prueban una inclinación á meditar que es nota doblemente reveladora de personalidad, en tiempos en que la mayoría de los que empiezan se acogen á la "turris eburnea".

Creo que la disciplina, la lectura y, sobre todo, el cultivo ahincado del "yo" en procura del preciado fruto de lo "propio", darán sazón á éstos prometedores comienzos."

Basta ya. No recomiendo este libro á los ojos cándidos ni á las almas límpias. Léanlo, sí, los espíritus nerviosos y los jóvenes artístas que buscan sensaciones físicas de dolores mentales... "Alma Trájica",—he dicho, es un brevario de nuevas oraciones artísticas, Y su autor, en fin, es un gladiador cuya fuerza emana de su pensmiento.

De Ambrosio L. Ramaso—

Una regresión parcial á otros días ya transcurridos, un vaho regenerador para los decaimientos del ánimo, en forma de salvadora inyección de juventud dentro de las arideces morales de mi obstinada falta actual de ilusiones y de estímulo, un impulso nuevo, portador de una cuasi floración de juveniles energías, para la obra, un rayo de sol rasgando tinieblas y aclarando horizontes, he ahí todo el efecto de una lectura meditada de su libro, de su ensayo de literatura actual, lleno de la exquisita sentimentalidad de su vida, impregnado del espíritu nuevo de los días que corren, fecundos en demoli-

ciones, ávidos de reconstrucciones sustitutivas, colmados, en conclusión de desconocidos impulsos, y dados, en su finalidad, á la erección del edificio de la nueva ciencia, sobre la base amplísima de las inmarcesibles conquistas presentes. Le he vista á usted en acción, y le veo en las páginas de su ensayo, perseverante como en aquella, vibrando, como en aquella también, el arpa eólica de sus sentimientos exquisitos, al diapasón de las dificultades propias al cerbo vivir ordisario. Le veo estremecerse emocionado, al cantar esos himnos al amor y la fraternidad universales, como debe haberse estremecido cara á cara con su destino, la primera vez que, buscando mejor escenario pisó, incierto y vacilante en su paso, las lozas de nuestras aceras metropolitanas. ¡Oh, su pluma lleva, en sus decididos rasgos de

juventud, ese "nescio quo vertarme" de las generaciones presentes, ese mirar inquieto del que, rebosante de vida y ganoso de actividades, busca una puerta de salida ó una válvula de escape, para sus sofocantes tensiones! Habrá (puede ser) desaliños y antigramaticales, en la escritura y su estilo, desarreglos y antilógica en el fondo, más qué importa? ¡No piensa el zenzotle, cuando trina en las oscuridades solitarias de la noche, si ajusta á otro diapasón que su fuerza ó sus inspiraciones, los sones deliciosos de sus acordes inimitables! Usted trinó como él, en medio de la noche de sus dolores y de la soledad de sus estremecimientos, sin mirar la oscuridad que le rodeaba, sin pensar, siquiera, en buscar armonías imposibles entre los acordes melancólicos de su voz con las envolturas ó las esencias prosáicas del mundo circun-

dante. Y su voz, como la del príncipe de la fauna trinadora, como el poético lamento de los grandes dolores universales, resonará en el vacío helado en la obscuridad desierta, de la presente, fría noche de insensibilidades y egoismos, y su voz, como el ritmo alado de todas las poesías, sonará desconocida, como los ruidos enigmáticos suenan, para los corazones secos de los mercaderes...

De América soplan hacia la vieja Europa — Vd. lo ha dicho — los vientos de una nueva vida. Vds., los jóvenes, que desatan esas ráfagas, nuncios certeros de una futuros mejores, levanten alto, muy alto, sus voces, dominen el mugir ensordecedor de esta hora atribulada de actividades febriles, y, por sobre las voces desalentadoras de los viejos pesimismos, envíen, como el hosanna de redención á las razas mori-

bundas del mundo antiguo, la palabra salvadora de los fuertes: "¡Adelante, siempre adelante!"

De Raul Montero Bustamante—

Felizmente, no todos los temperamentos son accesibles á esta epidemia moral, cuya etilogía estudió y expuso Julio Payot en su libro "Educación de la Voluntad". Ahora mismo acaba de surgir entre nosotros un joven escritor, "un improvisado de las letras", como le llama un crítico, que á pesar de su cepa bohemia, de su vida un poco triste y un poco romántica, posee un concepto bastante real del mundo y está acorazado contro el pesimismo.

"Alma Trágica", por Isidro Rodríguez

Martín, á pesar de su título ingenuo, como todo libro de principiante, tiene páginas muy vivas y sinceras, en las que al lado de un sentimiento muy personal de la prosa y de una sana tendencia á pensar y sentir normalmente, se advierte la aspición hacia la vida intensa.

Ese espíritu juvenil tiene fe en la vida, confía en el esfuerzo y espera en el porvnir. Al revés de los que todo lo ven negro, él vé muchas cosas blancas. Así, su prosa es ligera, sencilla, fresca y transparente, como un chorro de surtidor.

Lo que dice en su libro este precoz escritor, poco representa, son aletazos y balbuceos de un espíritu bien templado, que ahora despierta: ideas sueltas, divagaciones y monólogos, á veces sin objeto, simples pretextos para que la vida interior se derrame.

Esa es la verdadera vida y ese es el camino del arte: reflejar lo que llevamos dentro del espíritu en el mundo externo, darnos á los demás, entregarnos á la naturaleza, y no encerrarlo todo dentro de nosotros mismos, y tapiar las ventanas del alma para no ver el cielo y la tierra.

El pesimismo y la tristeza son la abdicación de la personalidad humana, la esperanza y la alegría, son la salud y la afirmación de la fuerza del hombre. Digamos, pues, como el héroe de una novela argentina: ::Ustedes son la renunciación y la muerte, yo me voy con la vida".

Discurso de Guzmán Papini y Zás—

Señores: Este que aquí véis presidiendo esta mesa redonda de Caballeros del Ideal, este que aquí véis encabezando un ban-

quete en que rumorean las alas del pensamiento, encabezándolo noblemente, con sencilla bondad, á la manera de un poeta de la antigua Roma ó la manera de un filósofo de la antigua Grecia, bien merece que el homenaje en sus anforinas glorificadores le escancie un poco de la olímpica miel.

¿De dónde vino? ¿Qué viento del espíritu lo trajo hasta nosotros?... Erase un niño con unos ojos de mirar apaciguado en la dulzura de no se qué éxtasis melancólico, solemnizado todo él, por la grandeza de su enigma interior. Erase un niño pobre y triste que en su intimidad sentía la inquietud del agua que quiere abrirse un cauce. Y, allá en su campaña natal, en la pradera maragata, encontró su golpe de Sol, la divina fiebre de Saul, el drama de su íntima revelación, y casi

loco, casi visionario, casi profeta de sí mismo, adivinándose, comprendiéndose, soñándose, anunciándose, emprendió por su camino de Damasco, su jornada promisora, su viaje á esta capital sin más guía que la mano intrépida de su naturaleza, sin más tesoro que la mochilla azul de su juventud cargada de ruiseñores... El audaz peregrino marchaba á la búsqueda de la Gloria, como á la conquista de la Dulcinea: y traía, en vez de la lanza alucinada, la pluma para el combate, la pluma que, indocta para gotear sangre, tendría la lírica actitud de gotear estrellas cada vez que fuera retirada de la acción vencida ó vencedora...

La metrópoli amparó al niño con la imparcialidad de una selva buena. En ella el místico gamín, el infantil aventurero, encontró las bellas rutas que buscaba. La

Universidad lo amamantó en su pezón indulgente y radiante, y esa misma Universidad, que fué su nutriz, su loba romana, hoy nos devuelve al niño convertido en un hombre con salud en el sentimiento, con mocedad en las ideas, y con una carga mayor de ruiseñores que la que trajo en su mochila azul de romántico viajero.

El caso de este soñador evidencia que no hay prosas en la vida capaces de eliminar el poeta que en el nacimiento de algunas hadas misteriosas. En medio de su bohemia, frente á los códigos adustos, ceñudos, sin una sonrisa de la frase, impregnado por una suave devoción al maestro lejano, á Mauricio Maeterlinck, él buscará las tragedias del alma humana, pasará sobre ellas la observación, y á esa observación, como á una esponja llena de sangre y de llanto, la esprimirá sobre

las páginas de un libro sincero, de uno que todos vosotros conocéis, libro precoz, libro honesto, de un libro casi ascético con una triste sabiduría, con dolor y con belleza, con púrpura y espinas, como la rosa más completa de un espíritu primaveral, de un espíritu adolescente. Pero, más que la obra del artista y del pensador y más que el universitarismo á que he aludido, en Rodríguez Martín yo me complazco en reconocer como á la alteza de un temperamento superior, la energía ascensional conque este escritor conquistó la colina donde izó la palidez de su torre de marfil. Su actualidad es uno de esos triunfos que han sido llevados á pulso hasta la cumbre, ganados hoja á hoja de laurel, estrella á estrella en la tiniebla de una humildad nativa. Esa lucha, el recuerdo de ese pasaje por entre las zarzas

agresivas del camino antes de llegar al valle nacarado de pacíficos lirios, son su mejor antecedente, su mejor escudo y serán el motivo original de las serenas orientaciones de su inteligencia en marcha.

¡Ay! infeliz del que en su pecho, como en un tabernáculo al Evangelio de la vida, no custodia el doliente tesoro de una experiencia nacida en el dolor sufrido. "¡Quien sabe del dolor, todo lo sabe!" gimieron los tercetos florentinos. Ese sentirá el gozo de la victoria plácida, ese comprenderá en la playa azul y tranquila la canción del marinero que tiende al sol las velas mojadas por las olas tempestuosas de la última travesía. Cuanto más alta sea la cumbre que escaléis, tantas más veces habréis tenido que bordejar el precipicio avariento y que beber, como en un abrevadero de titanes, en las aguas

que de esa cumbre descienden con el ímptu sollozante de un llanto de la montaña. Vos sois feliz, porque sois de esos que comprenden la cántica playera, porque sois uno de esos trabajadores de sí mismo que empiezan la vida sembrándose el árbol de donde sacarán ó la madera imperial de su trono ó la madera transfiguradora de la Cruz donde el Hombre, al ser coronado de espinas, se convierte en Dios con una aureola magnífica de estrellas.

Y porque en vos el esfuerzo humano, todo augural y todo bello, y porque en vos veo la adecuación para las imposiciones de la inteligencia sobre la adversidad del medio ambiente, y porque sé que, si os curváis bajo el peso de la realidad hostil, adoptáis la línea de un arco de combate, y no el encurvamiento de la humillación cortesana, en nombre de los aquí pre-

sentes, que os aplauden y os aman, elevo esta copa, como á un cáliz con vino religioso, y formulo un voto de fe por la idealidad de vuestro porvenir, por la aleteante movilidad de vuestras esperanzas, por todo lo que en vos forma un conjunto fraternal de talento y de virtud.

He dicho.
